

Entre sombras: Memento

Joaquín Toro (Martín Cincinnati)

Image not found.

Capítulo 1

Entre sombras: Memento

Montañas cubiertas de verde, salpicadas de espinos cervales. Yo observaba con una mirada tensa desde el borde del lago, cuyas aguas cristalinas reflejaban un cielo negruzco y una luna amarillenta e hinchada cuya luz enferma se disipaba sobre los árboles. El lago estaba rodeado de pinos y estos eran una fortaleza para mi espíritu que se disturbaba con la presencia de otros humanos. No me sentía para nada humano, sin ella, el estar ahí era un acto esquizofrénico, pero el dolor me embargaba, me enloquecía a tal punto... Ahí fue donde conocí el amor, donde conocí a Elísea. Cuando teníamos doce años, íbamos de pesca, ella no pescaba nada, yo en abundancia y le regalaba mis pejerreyes para que no se pusiera triste, porque si había algo que me partía el alma era verla cautiva de ese deprimente humor. Podía entristecerse con cosas tan absurdas, jamás maté una polilla cuando estuve en su casa de noche «Son tan inocentes, no saben que van directo a su muerte cuando el fuego las alcanza o tu mano las aplasta» decía ella. Al poco tiempo yo también cogí ese sentir como propio, no volví a matar una polilla, ni tampoco una araña, ni una rana (de acuerdo a Elísea, traían buena fortuna) ni un gato y ni hablar de pisar las amapolas rojas; una tarde después de la lluvia, paseábamos tomados de la mano por entre los pinos, nos detuvimos a pocos metros del borde de una quebrada sucia y embarrada. Bien por debajo del borde crecían las amapolas rojas. Mientras le besaba sus labios pequeños tratando de no abarcar toda su boca con los míos, las vi. Ella advirtió mi mirada y se dio vuelta. Me dijo que había algo que yo no sabía de esas flores. Me tomó de la mano y me llevó hasta ellas, nuestros zapatos quedaron llenos de barro, más mi corazón se llenó de un profuso enternecimiento cuando ella cortó una de la flores y me contó que aquella criatura, era un símbolo del amor que compartíamos. Yo me agaché a cortar una también, mi peso se desniveló y por poco caigo al vacío, pero ella me sostuvo, siempre estaba ahí para salvarme y yo, temblando con una mezcla de miedo y amor muy profundo, la volví a besar con mayor ímpetu, abarcando esta vez toda su boca sin poder contenerme y apretando la amapola con sus vainas de adormidera contra su mejilla, restregando la flor entre sus cabellos. Los pétalos terminaron por desprenderse y las vainas de la adormidera liberaron su somnífero provocándole un sueño repentino que le drogó los sentidos y la languideció en mis brazos. Esa tarde me vi tentado a besarla de por vida, pero no lo hice, de haberlo hecho hubiese abusado de ella, ya sabía yo de la lujuria por ser varón. Ella se habría resistido y luchado por liberarse. No quería alejarla.

Años más tarde Elísea me dijo que podía leer el deseo en mis ojos, que escuchaba mis pensamientos nocturnos. Me encantaba que supiera todo, era la única que me conocía real y profundamente. Me dijo que hacer el

amor conmigo sería un detalle porque yo ya era de ella y no lo sabía. Aquello no lo entendí sino varios años después.

Yo soñaba con aniquilar su arraigo a esta tierra y poder llevármela a cualquier otra, quizás a Dinamarca, para casarnos, después de haber vivido en Inglaterra o quizás en Irlanda. Con el transcurso del tiempo se puso más bella y yo... yo seguí igual que siempre. Mi piel siguió descolorida, mi cabello igual de grisiento y negro, pero la piel de mi rostro se tornó menos húmeda. Jamás me gustó el sol, sin embargo, pasé veranos llenos de risa junto a Elísea. Ella era una chica que conservaba la oscuridad en su interior y la liberaba sobre mí cuando me miraba a los ojos y me instaba a cubrirla de besos por todo su cuello, sus labios, sus mejillas y su cabello castaño.

Nadie me avisó que Elísea estaba extraviada. Yo me enteré dos días después. Era un dolor más agudo aún el saber que ella llevaba perdida más tiempo del que yo había tardado en enterarme; una noche me dirigía a su casa y me percaté que varios en el pueblo corrían frenéticos de allá para acá ¿Qué sucedía? ¿Por qué sus rostros reflejaban tanta angustia? Me detuve ante el puesto de ventas de caramelos artesanales donde atendía el señor Philip para preguntarle el por qué de tanto alboroto, que por qué corrían los vecinos.

—¿No sabe usted? la hija de los Clarence, Elísea, no ha vuelto a casa de sus padres en los últimos dos días.

Sentí como si un ancla se hubiese enterrado en el fondo de mi estómago.

El señor Philip me miró de reojo al observar mi reacción.

—¿No tendrás algo que ver con eso verdad? —la sola pregunta tenía una connotación acusante.

—Para nada —le respondí con la mayor tranquilidad que me fue posible.

¿Por qué me había puesto nervioso? ¿Tenía algo que ocultar? Sí, y es que a Elísea la había visto por última vez hacia tres días exactamente, luego de nuestra cita en el lago. O para ser más claro aún: fui el último que la vio y estuvo en contacto con ella. Más claro todavía:

Fui el último en verla con vida.

Fue entonces cuando me empecé a preguntar si alguien sabía aquello; yo era sospechoso de otros eventos "extraños" que habían acaecido en el pueblo, de ahí mi preocupación.

Pero el pueblo estaba más ocupado en la búsqueda de mi amada que en encontrar culpables, algunos decían que seguramente se había extraviado

en el bosque, pero aquellos comentarios estaban sujetos a supersticiones sobre el robo de doncellas por parte de las hadas, duendes y demás seres mágicos. Tonterías —pensé— a mi Elísea no la han raptado los duendes, ni las hadas, ni ninguna criatura del bosque, ella... ella... nada, no había respuesta que acudiera en la urgencia. Nada explicaba su desaparición. Dios mío, ¿Estaría viva? ¿Muerta?

Hecho un manojo de nervios, sollozos y saliva me arrodillé ante el lago, preguntándome dónde estaba, intentado recordar sus palabras de aquella última noche juntos, mis manos temblaban, mi labio inferior temblaba y por la tráquea se asomaba la pena como un demonio que se retorció sobre las llamas del infierno. Aún de rodillas, gateé hasta adentrarme un poco más en el lago, para entrar en contacto con sus aguas. Me quité todas las ropas, quedando solo en calzoncillos y me metí a nadar como ella y yo lo hacíamos en verano. Estaba fría, más de lo habitual, pero no me importó, continué nadando hacia el otro lado. Solo escuchaba mi chapoteo en el agua, su musicalidad y la de los grillos. Nadé bajo el agua arqueando brazos y piernas sintiendo la frialdad de la masa acuífera que doblegaba mis músculos. Disminuí la velocidad. Parte cansado y parte lunático, dejé flotar mi cuerpo sobre la superficie y me puse tieso, poco a poco comencé a descender y no tan solo en el agua, también en mi consciencia. Recordaba la noche en que había visto por última vez a Elísea, ahí mismo, en el lago. Algo había sido diferente esa noche, era como... una laguna mental. Elísea esa noche me hablaba y yo me sentía diferente, estaba ahí, pero no estaba. Tenía un duro trabajo en recordar qué había pasado exactamente esa noche. Hablamos ¿pero sobre qué? nos besamos, eso sí podía recordarlo vívidamente. A medida que descendía sentí mi pecho más apretado por la presión del agua. De pronto toqué fondo y di con algo: su cadáver.

Continuará...